

una unanimidad y un concierto que lo produjo y lo efectuó todo á su vez en todas partes... Así fué como esos magnánimos pueblos, sin otro auxilio posible que el de su valor y su fidelidad, se sostuvieron en medio de sus enemigos, cuyo ejército destruyeron, y con prodigios inconcebibles reformaron al mismo tiempo uno nuevo, y volvieron á poner ellos solos, y por segunda vez, la corona en la cabeza de su rey con una gloria de que no ha habido ejemplo en todos los pueblos de Europa; tan cierto es que nada hay como la fuerza que existe en el corazón de una nación para auxilio y restablecimiento de los reyes,, (1). Saint-Simon no sabía que los Españoles combatían por su derecho y por su honor tanto como por el duque de Anjou. Esto no quita nada á la gloria de su heroísmo, y atestigua que el derecho es más fuerte que la fuerza. No podría la historia dar lección más desconsoladora á la vez que más saludable.

## II.

Cuando supo Guillermo que Luis XIV había aceptado el testamento, escribió al gran pensionario Heinsius: "No dudo que el proceder inaudito de Francia os sorprenda tanto como á mí. Nunca he contado mucho en sus compromisos; pero jamás, lo confieso, habría creído que en esta ocasión viniese á romper, á la faz del mundo, un tratado tan solemne. Los motivos que alega son tan *desvergonzados*, que no puedo concebir cómo se ha tenido el descaro de manifestarlos. Debemos reconocer que somos *imbéciles*; pero resolviéndose á falsear la palabra y la fe prometida, es muy fácil engañar á todo el mundo,, (2).

Cierto que al aceptar Luis XIV toda la sucesión de Carlos II para su nieto violaba el tratado que acababa de firmar para el reparto de la monarquía española. Pero procedía como cualquier otro rey hubiera procedido en su lugar. Oigamos el juicio de Federico II: "Se ha condenado á Luis XIV en vida, porque había emprendido la guerra de sucesión; ahora se le hace justicia; y todo juez imparcial debe confesar que hubiera sido *cobardía* no aceptar el testamento del rey de España,, (3). Ya

(1) SAINT-SIMON, *Memorias* (édit. Cheruel, t. v, p. 350 y siguientes).

(2) GRIMBLOT, *Letters of William III and Louis XIV*, tomo II, p. 477.

(3) *Lettre de Frédéric II á Voltaire*, del 20 de Octubre de 1774.

lo vemos, Federico no tiene en cuenta el tratado de reparto; permanecer fiel á él hubiera sido, en su concepto, una cobardía. Añadamos que Guillermo y el gran pensionario Heinsius no tenían derecho á quejarse de la falta de palabra, puesto que ellos mismos habían dado el ejemplo. Inglaterra y Holanda habían garantido al emperador la sucesión entera del rey de España por el artículo secreto del tratado del 12 de Mayo de 1689 (1), lo que no les impidió negociar el reparto de la monarquía con Luis XIV é imponer su voluntad al emperador, que pretendía tener un derecho exclusivo á esta herencia.

La violación del tratado de reparto no es el mayor crimen que la historia tiene que censurar á Luis XIV. Es preciso ver qué motivos fueron los que inspiraron una resolución que encendió una guerra de doce años. Hay una cosa indudable: "Que el tratado de reparto era un lucro para Francia, y el testamento una ventaja para la casa de Luis XIV., *Voltaire* ha hecho esta observación en la obra misma en que celebra á su héroe, y en otra parte añade que Luis XIV, al aceptar el testamento, se conducía como padre y como rey (2). El interés que tenía Francia en atenerse al tratado de reparto fué puesto en claro por Torcy, cuando el rey convocó á su consejo para deliberar sobre la aceptación del testamento. Dijo "que no podía establecerse comparación entre el engrandecimiento por medio de Estados contiguos, tan necesarios como la Lorena, tan importantes como Guipúzcoa, que era la llave de España, tan útiles para el comercio como las plazas de Toscana, Nápoles y Sicilia, y la grandeza particular de un hijo de Francia cuya posteridad se haría española por su interés, y se mostraría tan celosa de Francia como los reyes de España austriacos., Predijo la guerra larga y sangrienta que seguiría á la aceptación del testamento, porque Europa no podía sufrir que Francia recogiese una sucesión tan vasta. Añadió que, exhausta Francia por una larga serie de guerras, no se hallaba en estado de sostener una nueva; que España lo estaba también hacía tiempo; que de esto podían resultar consecuencias tan fatales que toda la prudencia humana parecía aconsejar no buscar tales aventuras. Frente de estos

(1) DUMONT, *Cuerpo diplomático*, t. VII, 2, p. 230.

(2) VOLTAIRE, *Siglo de Luis XIV*, c. XVII: *Carta á Federico*, del 5 de Agosto de 1733.

desastres que llevaría consigo la aceptación del testamento, Torcy colocaba las ventajas que habría para Francia en sostener el tratado de reparto: "Se atraía á toda Europa conservando y manteniendo la palabra dada y dando ese ejemplo de moderación, cuando había tenido contra sí á toda Europa por la creencia de que quería invadirlo todo y elevarse poco á poco hasta la monarquía universal; añadió que, atrayéndose la confianza de Europa, se haría su dictadora, cosa que no podía esperar por las armas; que Francia, engrandecida á costa de España, formaría un Estado tan poderoso que sería en el porvenir el terror ó el refugio de todos los demás y colocaría en situación de poder manejar á su gusto los asuntos generales de Europa (1). Luis XIV mismo, en la Memoria que hizo presentar á los estados generales para justificar la aceptación del testamento, confesó que le era desventajosa: sacrificaba, decía, sus intereses á la felicidad general de la cristiandad (2).

Es, pues, evidente que Luis XIV, al aceptar el testamento, consultaba un interés dinástico más bien que el interés de Francia. ¿Tenía presente, como afirmaba, la felicidad general de la cristiandad? Después de la aceptación dijo, y no cesó de repetirlo, que se decidió por este partido á fin de conservar la paz; que rechazando el testamento para pedir la ejecución del tratado de reparto, la guerra era cierta, porque, á falta del duque de Anjou, Carlos II instituiría heredero universal al archiduque; y que un rey, poseedor de toda la monarquía, no cedería más que en último extremo los reinos de Nápoles y de Sicilia, el ducado de Milán, la provincia de Guipúzcoa y los otros países y plazas que el tratado atribuía al delfín: "Será, pues, preciso conquistar Estados, reinos enteros, para ejecutar el tratado; emprender una guerra larga y difícil contra la monarquía de España, reunida en todas sus partes y sostenida por aliados interesados en mantener el testamento., Luis XIV deducía que en ese estado de cosas, la conservación del tratado de reparto produciría resultados opuestos al fin que la Inglaterra y las Provincias Unidas se habían propuesto: "¿No habían querido garantizar la paz de Europa? Pues bien, la ejecución forzosa del reparto encendería una guerra

universal, ¿No habían querido evitar el peligro de una monarquía universal? Por la aceptación del testamento, las monarquías de Francia y de España continuarían separadas, como lo habían estado durante tantos siglos. Respecto al equilibrio, deseado por toda Europa, subsistiría mucho mejor que si Francia se engrandecía por la adquisición de las fronteras de España, por la de la Lorena, por la del reino de Nápoles y de Sicilia,, (1).

Esta fué la justificación que Guillermo trató de *desvergonzada*, y no le faltaba razón. Él, mejor que nadie, sabía que los sentimientos manifestados por Luis XIV eran sentimientos de relumbrón, que su verdadero fin era el engrandecimiento de su casa. Las negociaciones que terminaron en el tratado de reparto no dejan duda alguna sobre este punto. Si Luis XIV consentía en repartir la sucesión de España, es porque veía la imposibilidad de tomarla toda entera para uno de sus hijos. No pudiendo tener el todo, hubiera querido, al ménos, asegurar á España con las Indias para su nieto. Éste era su proyecto favorito; trata de él, sin cesar, en su correspondencia con su embajador en Londres; expone sus ventajas para la paz de Europa; observa que ésta personalmente no tiene ningun interés en él, puesto que Francia no obtenía ningun engrandecimiento; declara que, si Guillermo le apoya, está dispuesto á hacer concesiones á Inglaterra para su comercio. Todavía en víspera de la firma del tratado, escribe Tallard á Luis XIV que hará todo lo posible para crear dificultades, para entorpecer las negociaciones, á fin de obligar al rey de Inglaterra á que vuelva al ofrecimiento del rey. Pero, precisamente porque Luis XIV tenía tanto interés en ello, Guillermo no quería de ningun modo. El gran rey se vió obligado á contentarse con un engrandecimiento de Francia en vez de un engrandecimiento de su casa (2). Ahora se comprende por qué Luis XIV aceptó el testamento, en lugar de atenerse al tratado: porque al dar el trono á su nieto, realizaba uno de sus más vivos deseos.

Vemos que la política de los reyes es un criminal egoísmo. Luis XIV manifestaba en sus de-

(1) *Memoria presentada á los estados generales* (Luis XIV, *Obras*, t. VI, p. 39 y sig.).—*Memoria remitida al embajador de Inglaterra* (MIGNET, *Memorias históricas*, p. 513, 515).

(2) GRIMBLOT, *Letters of William III and Louis XIV*, tomo I, página 384 y sig.; t. II, 9 y sig., 102.

(1) SAINT-SIMON, *Memorias*, t. II, p. 127 y siguientes.

(2) LUIS XIV, *Obras*, t. VI, p. 41.

claraciones públicas un vivo amor por la paz; á creerle, sacrificaba con sentimiento su interes personal para asegurar el reposo de la cristiandad. ¡Todo eso no son más que vanas palabras, la verdad es lo contrario! Ciertamente Luis XIV, que se identificaba con Francia hasta el punto de decir que el Estado era él, hacia un sacrificio prefiriendo la grandeza de su familia á la de Francia. ¡De modo, que la monarquía absoluta no aseguraba ni aún el interes del Estado, confundiendo con el del rey! ¡Hay un interes para los príncipes mayor que el del Estado, el de su casa! Para dar Luis XIV un trono á su nieto, no retrocedió ante una guerra general, aunque sabía que Francia estaba exhausta. En vano, para justificarse, dice que la guerra era también inevitable, si se atenia al reparto. Sí, la guerra era fatal; pero haciéndola por la ejecución del tratado, Francia daba, al ménos, su sangre por su grandeza, mientras que, aceptando el testamento, Luis XIV lanzaba á Francia en los azares de una lucha con Europa, para que el duque de Anjou fuese rey de España. ¡Hasta dónde llega el egoísmo de los príncipes!

Europa no creyó en las protestas pacíficas de Luis XIV, y tenía razón; no era verdad que inspirase al gran rey el amor de la paz. Pero sí que sacrificaba su interes personal, es decir, el de Francia. Luego el engrandecimiento de la Casa de Borbon era ménos peligroso que el engrandecimiento de la monarquía francesa. Si Luis XIV hubiera querido de buena fe la separación de las coronas de Francia y España, Europa habría acallado sus desconfianzas, y la guerra general hubiera podido evitarse. Esto no es una simple hipótesis. Guillermo mismo nos hace saber que la opinion general en Inglaterra consideraba la aceptación del testamento como preferible al cumplimiento del tratado de reparto (1). ¿Por qué, pues, hubo una coalición general contra la ambición francesa? Porque Luis XIV desgarró el testamento, violando las intenciones del testador, como había violado el tratado de reparto. Carlos II había declarado expresamente que jamás las dos coronas podrían reunirse en una misma cabeza (2); esto era una garantía para la paz de Europa. Luis XIV anuló esta cláusula del testamento por un acto solemne que con-

(1) GRIMBLOT, *Letters of William III and Louis XIV*, tomo II, página 477.

(2) LAMBERTY, *Memorias*, t. I, p. 244.

servaba al duque de Anjou y á su posteridad sus derechos al trono de Francia (1). Esto era destruir la condición bajo la cual el duque de Anjou era instituido heredero; era desmentir la justificación que el rey había dirigido á Inglaterra y á las Provincias Unidas. Decididamente, Europa no podía ya creer en las palabras del rey de Francia. ¿Quién le garantizaba que Luis XIV, dueño de España, de Italia, de los Países-Bajos, de las Indias, iba á contenerse en sus invasiones? Más valía la guerra que una paz llena de peligros. De ahí la coalición general.

### N.º 3.—La coalición y el equilibrio.

En la misma carta al gran pensionario en que Guillermo se queja tan amargamente de haber sido engañado por la mala fe de Luis XIV, dice: "En cuanto á mí, tengo la firme persuasión de que, si el testamento es ejecutado, Inglaterra y la república se hallan en el mayor peligro de perderse y arruinarse." Deplora la increíble ceguera de la nación inglesa, toda ella dispuesta á reconocer al duque de Anjou; induce á la Holanda á sostenerse firme y á tomar la iniciativa de la resistencia: procurará, dice, arrastrar á los Ingleses á la guerra sin que se aperciban de ello (2). La buena fe de Guillermo no puede negarse. Hay en su carta rasgos de pasión que excluyen todo pensamiento de cálculo. Pero esta misma pasión, ¿no le ha cegado sobre los verdaderos intereses de Inglaterra y de las Provincias Unidas? Es cierto que los hechos han dado un singular mentís á los temores del gran político. El acontecimiento que tanto temía se realizó: un nieto de Luis XIV fué rey de España y se mantuvo en su trono contra los esfuerzos de Europa coaligada. Sin embargo, Francia no se hizo por eso más poderosa, ni la libertad ni el comercio de los Ingleses se resentieron de ello. Hay más. En el siglo XVII, el pacto de familia de los príncipes de Borbon pareció dar razón á las previsiones de Guillermo. Sin embargo, esta alianza íntima de Francia y España casi no comprometió más que los intereses de España: el equilibrio europeo no se resintió, y el comercio inglés, lejos de perder con él, se enriqueció con los intereses de las In-

(1) *Actos de la paz de Utrecht*, t. II, p. 217.

(2) GRIMBLOT, *Letters of William III and Louis XIV*, tomo II, página 477.

dias. Un partidario decidido del sistema del equilibrio es el que hace la observación (1); ¿se debe deducir de esto que Guillermo III, al sublevar Europa contra Luis XIV, combatía una quimera, y que más hubiera valido reconocer al duque de Anjou, como querían los Ingleses?

Los hechos desmienten los temores de Guillermo y ponen al descubierto la inutilidad del sistema de equilibrio. Dos poderosas monarquías estaban, si no reunidas en las mismas manos, á lo ménos ligadas por vínculos íntimos. Cada una de ellas había amenazado á Europa con la monarquía universal. ¿Quién no hubiera creído, con Guillermo, que su unión sería la tumba de la libertad europea? Sin embargo, en el siglo XVIII, aún cuando Francia era aliada de España, hizo un papel tan poco importante que casi no se contaba entre las grandes potencias. El equilibrio que calcula el número de almas y que mide las leguas cuadradas para balancear las fuerzas de los diversos Estados es, pues, una quimera. Hay otros elementos de fuerza que no se pesan y que es imposible equilibrar. Hé aquí por qué las previsiones de los hombres políticos reciben tan singulares mentís. ¿Quiere esto decir que se debe condenar á Guillermo III y rechazar la coalición general que se formó bajo su inspiración?

Aunque el sistema del equilibrio sea falso, tiene de verdadero que una dominación universal, tal como era la de Luis XIV, compromete la independencia de los príncipes y de los pueblos. Si el rey de Francia había insultado á Europa con sus cámaras de reunión, si había pisoteado á los débiles en la persona del dux de Génova, ¿qué no haría cuando fuese heredero de Francisco I y de Carlos V? Ya se decía que quería unir Portugal á España, restaurar los Estuardos en el trono de Inglaterra, reunir las Provincias Unidas á los Países-Bajos españoles; se conocía su insaciable ambición y su desprecio de todo derecho. Desde entonces ya no había límite á sus invasiones. La más simple prudencia mandaba contener ese torrente, ántes que fuese demasiado tarde. Tal era la opinion universal en el mundo político. Tenemos de ello un testimonio notable en la obra de *Leti* que apareció en esta época.

El título por sí solo es ya significativo: *la Mo-*

(1) HEEREN, *Historische Werke*, t. I, p. 254.

*narquía universal de Luis XIV*. No se trata ya de temer la monarquía universal, no se trata de impedir que se establezca un poder de tal modo preponderante del cual los otros Estados sean simplemente vasallos: el peligro se ha realizado. Dirigiéndose á los príncipes, *Leti* les pregunta en qué consiste la soberanía. Gozan de libertad para tener una bella corte, hacer representar comedias en su palacio, rodearse de guardias y cazar. Pero en cuanto á hacer la guerra y la paz según su interes, en cuanto á gozar ni aún de la seguridad del poder que les queda, esta soberanía ciertamente no les pertenece: "Lo digo con verdad, aunque con dolor, añade el publicista italiano, no veo más que un soberano en toda Europa, el rey de Francia. En treinta años que lleva de reinado, ¿ha habido algún príncipe que se haya atrevido á declararle la guerra? España lo hizo en 1684, pero excitando la risa de todos, puesto que no tenía ejército. Luis XIV, al contrario, ha hecho la guerra á quien le ha parecido y cuando le ha parecido. ¿Qué se necesita para fundar una monarquía universal más que poder hacer todo lo que se quiere, ó por medio de amenazas, ó de la violencia, ó del dinero, ó de las armas? El rey de Francia hace todo lo que quiere; y ¿no hemos de decir que es monarca universal?" Es preciso, pues, destruir su dominio, más para recobrar la libertad de Europa que para conservarla. Aunque *Leti* llama á los príncipes á las armas, trata de ponerlos en guardia contra una reacción excesiva. Quiere que se humille á la Casa de Francia, como se humilló á la de Austria; pero es preciso guardarse de destruir la monarquía francesa; si no, por evitar un mal, se caería en otro. porque sobre las ruinas de Francia se levantaría un poder más temible quizás, el de Austria, si llegaba á hacerse dueña absoluta de Alemania y de Italia.

*Leti* no era un hombre político. Sin embargo, su obra puede considerarse como el manifiesto de la coalición. La emancipación de Europa y el abatimiento de Francia, tal es el grito que resuena por todas partes, en los tratados de alianza, en las declaraciones de guerra, en los debates de los parlamentos, en las notas diplomáticas. Se lee en la alianza perpetua contratada entre Guillermo III, rey de Inglaterra, y los estados generales (1701), que "el rey de Francia, dueño de toda la sucesión de España, se ha hecho tan formidable que, según